

Crónicas del Cono Sur

LA GEOGRAFIA DEL ESPANTO

Por Carlos SUAREZ

Retomando el hilo de esta crónica, podemos decir que la dura e ininterrumpida lucha de los movimientos obreros chileno y argentino posibilitó el logro de importantes conquistas sociales. Una a una han sido eliminadas porque para los militares pentagonistas representan "privilegios", estimándose que el salario real vigente en ambos países sudamericanos es el más bajo de sus respectivas historias. Miles de activistas, delegados y obreros de base fueron secuestrados o despedidos a partir de marzo de 1976, mes en el que las tropas irrumpieron en las fábricas de Buenos Aires, La Plata, Rosario, Córdoba y otras ciudades argentinas, implantando un control que en nada se diferencia del sistema de trabajos forzados que los alemanes llevaron a cabo durante la segunda guerra mundial. No es muy distinta la situación dentro de las universidades, puesto que si Marx y Freud están estrictamente prohibidos, tampoco José Martí o los escritos de José Artigas sobre reforma agraria escapan a la furia de los censores gubernamentales. Goebbels dijo una vez "que cuando sentía hablar de cultura echaba mano a la pistola"; Videla cree que cualquier universitario u hombre de ciencia es un subversivo potencial, razón por la que ordena el desmantelamiento de carreras universitarias como sociología, sicología e incluso algunas correspondientes a ciencias exactas.

Escribe Philippe Ganier Raymond (*Nouvel Observateur* 28/2/77): "No es fácil que se produzcan estos genocidios de tipo suicida. ¿Qué será de la Argentina, en efecto, después de la desaparición de sus físicos, de sus químicos? La escuela matemática argentina era una de las más avanzadas del mundo: ya la liquidaron. Los siquiátras, sicólogos y psicoanalistas están muertos, presos o en el exilio (...) Argentina vive permanentemente una noche de "cuchillos largos". Se queman sinagogas y se acribillan intelectuales.

El 16 de enero de 1977, Dardo Cabo fue pasado por las armas con su colega Roberto Pirles en el patio de la prisión de La Plata. Después de la ejecución, dos hombres enmascarados le advirtieron a 40 presos po-

líticos que, si los guerrilleros ejercían represalias, todos ellos serían fusilados a su vez. Un ejecutivo de una empresa automovilística, perteneciente a ese sector de la población mal llamado "mayoría silenciosa", cuando en realidad no es más que cómplice por omisión, primero, y víctima por añadidura, después, fue secuestrado por un grupo de desconocidos, trasladado a una "casa" de torturas del gran Buenos Aires, y acusado de ser "militante tupamaro". Tras varios días de brutales torturas, el grupo de policías uruguayos llegó al convencimiento de su inocencia, abandonándolo en un baldío con varios huesos rotos, lesiones internas de consideración, y la certeza de hallarse en medio de un tenebroso e incomprensible 1984.

Los constituyentes argentinos de 1853 sancionaron un texto legal fundado en los antecedentes norteamericanos y la tradición británica. Y si, desde luego, las normas generales resultaban impracticables (como la experiencia histórica se encarga de demostrar) en un país semicolonial totalmente ajeno al pleno desarrollo capitalista y la autonomía nacional, algunos de sus postulados se exhibieron siempre como grandes "conquistas" populares. Si omitimos el detalle de que el estado de sitio, por ejemplo, nunca resultó ser una medida de excepción sino que a lo largo de muchas décadas representa la moralidad de la nación, o que los derechos de reunión y de publicar las ideas sin censura previa son ya ilusorias aspiraciones, llegaremos al principio que determinó que la oligarquía portuaria desatara la "guerra de policía" contra las montoneras federales, aplicando al pie de la letra las recomendaciones civilizadoras de Mitre y Sarmiento acerca del exterminio del gaucho, las clases dominantes ignoraron la existencia de las garantías constitucionales. Desde aquel infamante penal de Ushuaia, donde agonizaran cientos de anarquistas, radicales, comunistas o simplemente disidentes, pasando por los cuarteles del ejército y la marina que albergan a los delegados obreros peronistas en 1955, hasta las cárceles flotantes y los tugurios en que hoy se hallan confinados 20 mil argentinos y varias decenas de latinoamericanos, la continuidad del terror reaccionario ha sido invariable.